

ron otro y otro asalto, dejando montones de cadáveres entre lagos de sangre..... Quemaron los bergantines que tenían los españoles y abrieron alrededor de su palacio un ancho y profundo foso, intentando sitiarse por hambre al enemigo.

Sabedor Cortés de tan graves sucesos, apresuró su marcha con el refuerzo que le había dado la victoria sobre Narvaez, llegó á México, aprehendió á Alvarado, mostróse severo con Moctezuma y ocupó algunos edificios del recinto del templo mayor, próximos á sus cuarteles.

Como la escasez de víveres se había hecho notable, quejóse de ello á Moctezuma, y éste dijo que no se podrían conseguir mientras estuviesen presos los principales personajes del imperio.

De resultas de esto, obtuvo libertad Cuitlahuatzin para procurar provisiones.

Cuitlahuatzin era un joven lleno de talento y de bravura, patriota hasta la heroicidad, y resuelto como ningún otro guerrero mexicano.

Luego que consiguió la libertad, se puso á la cabeza del levantamiento del pueblo, y lanzó el grito de vencer ó morir.

Después de la llegada de Cortés, diarios y frecuentes fueron los combates, haciéndose hecatombes horribles, incendiándose templos y multitud de casas, y volviendo de estos horribles encuentros y derrota dispersos los españoles á sus cuarteles.

Entre los más terribles combates, se cuenta, cuando se incendió el templo mayor, que parecía que en

inmensa hoguera se había convertido la gran ciudad.

Agotados los víveres, más y más alentados los mexicanos, habían logrado á costa de miles de vidas, hacer sensible su superioridad: Cortés resolvió abandonar el campo y salir de la ciudad en el más profundo silencio y con todas las precauciones posibles.

---

### LECCION SÉTIMA.

---

Combate del templo.—Muerte de Moctezuma.—Son rechazados los españoles.—Asciende Cortés.—Incendio.—Noche.—Incendio de casas.—Salida de Ixtapalapan.—Armisticio.—Honorés á Moctezuma.—Salida el 1º de Julio.—Marcha Sandoval á la vanguardia.—Alvarado á la retaguardia.—Tropas de Tlaxcala, Cholula y Zempoala.—Pintura del combate.—Primer foso.—Segundo foso.—Salto de Alvarado.—Mueren 450 españoles.—Mueren todos los cholultecas.—Pérdida de la artillería.—Muere V. de Leon.—Poptla.—Llanto de Cortés.

Los combates se sucedían: el foso abierto alrededor de la mansión de Cortés, que hacía resentir á los españoles los horrores del hambre, y la buena posición que habían tomado los indios desde el templo mayor que dominaba los cuarteles en que estaban las tropas de Cortés, todo hacía que el conflicto para éste tocara sus últimos extremos.

Acosado así por su situación, pero muy lejos de dar cabida en su pecho al desaliento, resolvió apoderarse

del templo y emprendió con lo más escogido de sus soldados la acción temeraria.

Ya recordamos el patio del templo, compuesto de piedrecitas tan tersas y bruñidas como si fueran planchas de mármol; en nuestra memoria deben representarse aquellos cinco pisos con sus elevadas escaleras, dispuestas de tal modo que se tenía que rodear todo el edificio para el ascenso y descenso.

Como decía, se emprendió el ataque: una nube de piedras y de flechas recibió á los españoles: el templo parecía animado y moverse como un monstruo de millares de cabezas y de brazos. Llenos de desesperación los españoles, se esfuerzan por ascender, y al fin son rechazados con pérdidas horribles. Cortés, que presenciaba este descalabro, hizo un nuevo esfuerzo; púsose al frente de las tropas, embrazó su rodela, empuñó su espada y ascendió con temeridad: los indios resistían palmo á palmo; se disputaba el terreno, descendiendo á raudales la sangre y cubriéndose de cadáveres el suelo: algunos se precipitaban de uno á otro piso para despeñarse abrazados de sus enemigos. En medio de la refriega se levantó la llama y quedó el edificio gigante convertido en inmensa hoguera que reproducían las aguas de los canales y de los lagos, hoguera de entre cuyas llamas salían lamentos y gritos que parecía que brotaban de un infierno.

Aunque al fin, victorioso Cortés en este eneuencro espantoso, quedó tan malparado, que entró en serias deliberaciones con algunos de sus capitanes sobre el partido que se necesitaba tomar.

En uno de los más serios ataques á la habitación de Cortés, Moctezuma, por sus instancias, había salido á la azotea del palacio á arengar á su pueblo; pero éste, lejos de sosegarse, le llenó de improperios y le lanzó piedras y flechas en medio de un borrascoso tumulto.

Una de las mil piedras que lanzaron contra Moctezuma, le hirió en la sien. El monarca se sintió hondamente apesadumbrado, rehusando todo auxilio y resistiendo toda curación, porque mostró la decisión de no sobrevivir á la afrenta de que se le había cubierto con aquel ultraje.

Después de tres días de agonía que sobrellevó el monarca mexicano con estóica resignación, murió asesinado por los españoles, aunque habían tenido en él un generoso protector.

La lucha siguió con encarnizamiento; Cortés se resolvió á abandonar la ciudad, preparando su salida por la amplia calzada de Ixtapalapan, pero á las primeras indicaciones de su intento se despertó el furor de los mexicanos y se renovó la lucha á muerte de los días anteriores: logró, sin embargo, el conquistador penetrar hasta uno de los puentes, empeñando lances terribles.

Diéronse señales de que se quería un armisticio, y se acordó éste. En él pidieron los indios á Cortés el cuerpo de Moctezuma para hacerle los honores fúnebres, como lo verificaron, sepultando el cadáver en Chapultepec, según las tradiciones más acreditadas.

Aquella tregua fué momentánea; los ataques se re-

pitieron con mayor ardor, comenzando los incendios notables, y al fin los españoles determinaron salir una noche, que fué la del 1º de Julio de 1520.

Ordenóse con el mayor cuidado la marcha de las tropas; ocupó la vanguardia el intrépido Sandoval, la retaguardia Pedro de Alvarado, el centro los heridos y las tropas aliadas.

Después de separados los caudales del rey, que se decidió á llevar Cortés, repartió entre sus tropas y aliados las riquezas inmensas del palacio que iba á desocupar.

Señalóse para la marcha la via recta de Tacuba.

Apénas dieron los primeros pasos los españoles fuera del palacio, como un mar inmenso se agitó la ciudad entera, rompiendo los puentes, defendiendo los fosos, cayendo como una avalancha sobre los españoles; éstos se defendían hundiéndose en las aguas, atropellando en las calzadas con su caballería á sus enemigos, derramando por todas partes la muerte en el colmo del furor y la desesperacion: oíanse en las tinieblas gritos espantosos y lamentos desgarradores; hombres con hachas corrian en todos sentidos dando al campo el aspecto de una insurreccion de furias. Estalla el incendio, la llama se propaga, y en calzadas y fosos y puentes se ostenta la matanza con todo el lujo de la rabia y la desesperacion.

Habian pasado el primer foso los españoles con grandes pérdidas; en el segundo, fué tan espantosa la carnicería, que los cadáveres cegaron el foso, al punto de que pudo pasar fácilmente la retaguardia.

Segun la tradicion, en el tramo que existe entre la iglesia de San Hipólito y lo que se llama "Puente de Alvarado," en el lugar que ocupa el Tívoli del Eliseo, frente al número 4 de esa calle, fué lo más encarnizado de la pelea. Ardian las casas, corria á torrentes la sangre, hombres y caballos se ahogaban en las acequias y en los fosos: muertos los cholultecas, perdida la artillería, fuera de combate más de la mitad de las fuerzas de Cortés, pues habian perecido más de 400 hombres, y siendo mucho el número de heridos, Alvarado hizo un esfuerzo supremo; protegió hasta el último trance la retirada de sus tropas, y se salvó merced al salto prodigioso que inmortalizó el lugar de sus más heróicas hazañas, y tiene hoy el nombre de *El salto de Alvarado*.

Cortés, que habia acudido á todos los peligros, que se habia centuplicado, alentando á unos, salvando á los otros, y derramando á su paso la muerte y el terror, emprendió el camino entre los restos de su ejército, en medio de los horrores de la más completa derrota.

Hizo alto en Popotla, y dicen que se sentó en una piedra, como anonadado por el infortunio. Los soldados que osaron acercársele, dicen que por la primera vez le vieron llorar.

Esa tremenda jornada conserva en la Historia el nombre de *Noche Triste*.

## LECCION OCTAVA.

Sálvanse algunos amigos de Cortés.—No los persiguen los indios.—Se vuelven, limpian los fosos y queman los cadáveres.—Marchan á Tlacopan.—Persecucion.—Los Remedios, ó sea el Socorro.—Fortificacion y descanso.—A Tlaxcala por Cuautitlan.—Citlaltepec.—Xoloc y Zacamoleo.—Comida de caballo.—Tlaxcaltecas.—Llanura de Tonampoco.—Ejército de Otompan y Calpulalpan.—Grave conflicto.—Habla Cortés.—Batalla que duró cuatro horas.—Cihuacatzin.—Red de oro en la punta de una lanza.—Sandoval, Alvarado, Olid y Ávila le guardan la espalda.—Juan de Salamanca.—Derrota.—María de Estrada.—Mexicatzin.—7 de Julio.—Tlaxcala.

En la honda pena en que hemos descrito á Cortés con motivo de la espantosa derrota, le consoló la presencia de Sandoval, Alvarado, Ordaz, Olid, Ávila y Lugo, sus intérpretes Aguilar y D<sup>a</sup> Marina, y su ingenioso Martin López, personas en quienes tenia cifradas sus esperanzas para llevar á cabo su conquista.

De Popotla tomó Cortés, con los destrozados restos de su ejército, el rumbo de Tacuba, y pudo hacerlo, porque los mexicanos, luego que sus enemigos salvaron el último foso, retrocedieron á la ciudad y se ocuparon en reparar sus puentes, limpiar sus fosos y quemar los cadáveres ántes de que se inficionase el aire. A esta marcha retrógrada de las fuerzas mexicanas debieron los españoles su salvacion y se debe la consumacion de la conquista.

Pero apenas los pueblos cercanos á Tlacopan per-

cibieron aquella marcha, se lanzaron sobre los españoles, que, dispersos, heridos, maltratados y hambrientos, hacian esfuerzos sobrehumanos para resistir los combates de sus enemigos.

Así tomaron el rumbo de Occidente y lograron apoderarse de un pequeño monte llamado Otoncalpolco, donde habia un templo en que se guarecieron. En ese lugar está hoy el santuario de “Los Remedios” ó “El Socorro,” como se llamó en un principio.

Fortificáronse los españoles en el templo descrito; pudieron cobrar algun descanso, defendiéndose de sus enemigos con ménos fatigas, y al dia siguiente emprendieron la marcha buscando Tlaxcala, lugar que podia brindarles hospitalidad.

Tocaron en su camino, siempre perseguidos por los pueblos de Tacuba, Azcapotzalco, Teotihuacan y otros, por Cuautitlan, Citlaltepec, que ha desaparecido, Xoloc, de incierto recuerdo, y Zacamoleo, de cuya situacion no hay noticia.

En este último pueblo, en medio de la fatiga y de las penalidades mil que padecian los conquistadores, se hizo sentir el hambre tan profundamente, que vieron como promesa de banquete la muerte de un caballo; y los tlaxcaltecas, llenos de desesperacion, se arrojaron al suelo mordiendo la yerba, y prurumpiendo en imprecaciones contra sus dioses.

Al dia siguiente de estas escenas, desde la cima del monte Amaquemecan que atravesaban, distinguieron los españoles en una inmensa llanura llamada Tonampoco, á corta distancia de Otompan, un número

sísimo ejército con sus estandartes, su aparato amenazador y sus horribles gritos de venganza.

Algunos autores afirman que aquel ejército sería de 200,000 hombres; otros, más cautos, cuentan con las exageraciones del temor: de todas maneras, la presión simplemente del número bastaba para anonadar á los conquistadores. Los españoles creyeron llegado el último momento de su vida. Notó Cortés impresión tan desfavorable, y dirigió la palabra á sus tropas.

“No queda más arbitrio—les dijo con voz entera y ánimo esforzado—que vencer ó morir. ¿Por qué temer? Dios que nos ha conservado hasta hoy en medio de tantos peligros, ¿ha perdido el poder de salvarnos?”

Empeñóse la batalla sangrienta.

Durante cuatro horas permaneció indecisa la victoria, mientras empezaba la matanza y se renovaban en cada palmo de tierra horrores sin cuento..... Casi vencidos los españoles, rendidos sus brazos, embotadas sus armas y á punto de sucumbir, se ocurrió á Cortés jugar el todo por el todo, internándose al corazón del ejército enemigo y apoderándose del caudillo Cihuacatzin que se distinguía en el centro de él en sus magníficas andas, con su rico vestido y su penacho de plumas, y á su lado su estandarte, que consistía en una red de oro colgada en la punta de una lanza.

Ordenó Cortés á sus generales Alvarado, Olid y Ávila, que le guardaran la espalda, y arremetió con

algunos soldados escogidos. Su empuje fué tremendo: arrollaba cuanto se oponía á su paso, no obstante la feroz resistencia que encontraba; así llegó al jefe mexicano, á quien derribó de las andas de un lanzazo. Apenas hubo caído, Juan de Salamanca, valiente soldado que acompañaba á Cortés, desmontó rápido de su caballo, quitó la vida al jefe enemigo, y arrancándole su penacho se lo presentó á Cortés. Aquella fué la señal de la victoria para los españoles, que alentados por el desorden en que vieron á sus contrarios, les persiguieron con encarnizamiento, haciendo en ellos grandes estragos.

Sin duda alguna este fué uno de los triunfos más señalados y trascendentales de los españoles; la Historia ensalza en esta acción el ardimiento de Cortés, el denuedo de Sandoval, á una mujer, María Estrada, que peleó como los más valientes soldados, y á Mexicatzin, que recibió después las aguas del bautismo y en él el nombre de D. Antonio; se hizo célebre, tanto por su valor, cuanto por haber vivido 130 años.

Las pérdidas de los mexicanos fueron espantosas. Perecieron muchos españoles, y casi en su totalidad el ejército tlaxcalteca.

Cansados de perseguir á los dispersos de Otompan, se retiraron los españoles á Tlaxcala, reducido su número á 440 hombres.

Todos los prisioneros que tanto en la *Noche Triste* como después hicieron los mexicanos, incluyendo en ellos cien españoles, fueron horriblemente sacrificados en el templo mayor de México.

El 8 de Julio de 1520 entraron en Tlaxcala los españoles dando gracias al cielo por encontrarse en tierra amiga, donde recibieron consuelos, atenciones y solícitos cuidados, mostrándose los españoles profundamente reconocidos á aquella República, su aliada y salvadora.

Miéntas los españoles descansan de sus fatigas en Tlaxcala, volvamos la vista á los mexicanos.

A pesar de los estragos sufridos, bastantes por sí solos para aniquilarlos, la guerra civil los devoraba, ocurriendo matanzas de hermanos contra hermanos, y despedazándoles la anarquía.

Por un esfuerzo de la misma desesperacion pensaron en un jefe que los condujese en aquella extremidad, y fué elegido rey Cuitlahuatzin, que como hemos dicho, se hallaba al frente de las tropas en la *Noche Triste*.

Como sabemos, Cuitlahuatzin, Señor de Ixtapalapan, era hermano de Moctezuma. Sabio, valiente hasta la temeridad, magnífico en su porte, simpático por su amor á las artes y por su índole generosa.

Luego que tomó Cuitlahuatzin posesion del mando, reparó las fortificaciones y los templos, se dedicó á pacificar á sus súbditos, y envió embajadores á los tlaxcaltecas con suntuosos regalos, procurando su reconciliacion.

En el Senado de Tlaxcala se dividieron los ánimos. Xicotencatl se inclinó á los mexicanos decidido; Mexicatzin tomó el partido de los españoles, á tal punto, que en una discusion, ardiendo en ira, descargó re-

cios golpes sobre Xicotencatl y le mandó aprehender.

El Senado rechazó las propuestas de los mexicanos sobre que rompieran los tlaxcaltecas su alianza con los españoles, quienes luego que supieron la conducta de Mexicatzin se le mostraron profundamente agradecidos.

Los españoles ganaban terreno en el corazon de los tlaxcaltecas; cuatro jefes de la República, Mexicatzin, Xicotencatl el viejo, Tlehuizolotzin y Citlalpopoca recibieron las aguas del bautismo, y con ellas los nombres de D. Lorenzo, D. Vicente, D. Gonzalo y D. Bartolomé.

A pesar de las ventajas, la disminucion de sus tropas, sus enfermedades, la pérdida de los tesoros adquiridos y la presencia de un riesgo tan inminente, hizo que se presentaran síntomas de descontento, y éste fué un trance congojoso para Cortés.

Apresúrase diestro á ahogar aquella conspiracion; pintó á sus tropas una perspectiva risueña, y fué tan diestro, á la par que tan enérgico, que conjuró esta tan terrible tempestad.

Algunos pueblos indígenas que se habian aliado á Cortés, al ver sus desgracias, se convirtieron en sus más ardientes enemigos. Entre ellos se distinguian los de Tepeyacac, hoy Tepeaca, al punto que obligaron al conquistador á hacer una salida contra ellos.

Xicotencatl el jóven, arrepentido de la conducta que habia observado con Cortés, le ofreció sus servi-

cios contra los de Tepeyacac, y éste los aceptó poniéndolo en libertad.

Reuniéronse á Cortés, al emprender estas expediciones, como 150,000 aliados, y recorrió victorioso, despues de varios encuentros, Zacatepec, Acatzinco y otros pueblos, fundando en Tepeaca la ciudad de *Segura de la Frontera*, cuyo acto se redujo á nombrar magistrados españoles. Carlos V le concedió honores de ciudad en 1545, y cuando escribió Clavijero pertenecía al marqués del Valle.

#### LECCION NOVENA.

Cuitlahuatzin pretende oponerse al paso de Cortés.—Alianzas de varios pueblos.—Combates parciales.—Triunfos de Cortés.—Sandoval en Veracruz.—Derrota de Salcedo.—Peste de viruelas.—Muerte de Cuitlahuatzin.—Sube al trono Cuauhtemotzin.—Marcha Ordaz á España.—Sube al trono acolhua Coatnacoatzin.—Marcha de Cortés á México.—Llegada á Texcoco.—Adhesion de Ixtlilxochitl á los españoles.—Ataque á Ixtapalapan.—Alianza de Cortés con varios pueblos enemigos de México.

Las tropas que quedaron guarneciendo á Segura de la Frontera se retiraron de ella á causa del gran número de enemigos que la cercaron. Al tiempo de retirarse distinguieron en las alturas del pueblo de Coahquecholan un numerosísimo ejército de mexicanos, y supieron que en persona lo mandaba Cuitlahuatzin con el objeto de impedir el paso á Cortés.

Coahquecholan era una ciudad considerable, muy amena, y no ménos fortificada por la naturaleza que por el arte. Por un lado la defendia un monte elevado y escabroso, y por el otro dos rios poco distantes entre sí. La ciudad estaba circundada de un fuerte muro, no pudiéndose penetrar sino por cuatro puertas perfectamente colocadas, de modo que no debilitaban la defensa.

El Señor de Coahquecholan, amigo de Cortés, envió una embajada declarándose vasallo del rey de España y pronto á servirle, pero que se lo impedia la presencia de aquel ejército formidable y enemigo, al que combatirían si recibían algun auxilio.

Cortés se mostró reconocido y envió á Cristóbal de Olid con unos cuantos soldados españoles y cerca de 30,000 indios aliados.

Olid, al marchar al desempeño de su comision, recibió á los huexotzincos que espontáneamente se le incorporaron; pero sean sus antiguos desengaños, sean algunas apariencias, Olid temió una celada, mandó aprehender á los huexotzincos y que se le remitiesen á Cortés.

Olid quedó á la expectativa con sus tropas en gran desaliento; Cortés hizo las averiguaciones correspondientes, y probada la inocencia de sus aliados, los llenó de consideraciones y se determinó él mismo á dar cima á aquella expedicion.

Dió el aviso respectivo á sus amigos y se puso en marcha: luego que supieron los de Coahquecholan la proximidad de Cortés, embistieron contra los mexi-